

BIBLIOGRAFIA

Susana OLIVEIRA JORGE, *Povoados da Pré-história Recente (III^a-inicios do II Milénios A. C.) da Região de Chaves - V.ª P.ª de Aguiar (Trás-os-Montes occidental)*. Porto, 1986, 1131 páginas.

En los últimos veinte años la investigación de la prehistoria reciente del norte de Portugal ha experimentado un avance espectacular, sin duda condicionado por la llegada a la Universidad de Porto de Susana y Víctor Oliveira Jorge. En este espacio de tiempo se ha desarrollado el importante proyecto de la Sierra de Aboboreira, dirigido por el último de los citados, que muy probablemente constituye el intento más coherente de abordar la problemática del megalitismo en cualquier rincón de la geografía ibérica y uno de los más consistentes de toda Europa. Y a la par se han ido desarrollando las pesquisas de Susana, centradas en la excavación de yacimientos algo más modernos —entre el Calcolítico y el Bronce Tardío—, de las que el mundo científico ha ido sabiendo a través de avances publicados en distintas revistas portuguesas, españolas y francesas a lo largo de los dos últimos lustros. La obra que aquí nos proponemos reseñar constituye el trabajo de conjunto, defendido como tesis doctoral en la primavera de 1986, de esta investigadora, el cual se nos ofrece bajo la forma de tres volúmenes en folio, con un total de 1131 páginas.

Como el título de la obra deja claramente entrever, se persigue en ella describir la realidad arqueológica del territorio occidental de Trás-os-Montes durante la segunda mitad del III Milenio a. de C. y el inicio del II, habiéndose elegido para ello fundamentalmente cuatro yacimientos, ya con cierto renombre bibliográfico —La Vilha Soutilha de Mairós, São Lourenço y Pastoria en Chaves, y Castelo de Aguiar, en Villa Pouca de Aguiar—, ubicados en las cuencas de los ríos Corgo y Tâmega. El número real de estaciones correspondientes a esta época en el referido espacio, contabilizando también las del Túa, es mucho más elevado, aproximándose según inventario al medio centenar; mas han sido especialmente las excavaciones emprendidas en esas cuatro, de las que se rinden cuentas debidamente en la obra, las que han hecho posible la identificación de un horizonte de cultura material calcolítico, de fuerte personalidad, y su delimitación cronológica, permitiendo plantear en términos nada ambiguos el problema de sus relaciones con el mundo megalítico regional, tan pujante, así como con el Vaso Campaniforme.

La realidad arqueográfica del Calcolítico trasmontano suscita la reflexión sobre multitud de cuestiones de interés, siquiera sea por lo que representa de novedad en el ámbito del Noroeste de la Península. Los cuatro yacimientos excavados son lugares de habitación, poblados al aire libre, representan un contrapunto claro para la realidad arqueológica del Neolítico Final conocida casi exclusivamente por documentos de tipo funerario (=dólmenes). Este aspecto, subrayado

por la autora, parecería dar a entender que el asentamiento a partir del Calcolítico cobra una importancia y alcanza una entidad de la que se había visto privado con anterioridad. No hay, desde luego, habitats aglomerados, protourbanos, al estilo de los que por estas mismas fechas se dan en el Cobre del mediodía peninsular —aunque en el Castelo de Aguiar haya fortificaciones artificiales de consideración, aunque el establecimiento de Soutilha se extienda por un amplio solar de varias hectáreas (¿simultáneamente?), aunque en varios habitats se hayan localizado «arquetas» o silos para bellotas y cereal (algo que ratifican las excavaciones de M. J. Sanches algo más al este, en el Buraco da Pála) que habla de almacenamiento y de una cierta continuidad ocupacional—, pero resulta patente el cambio que se ha producido en el ámbito del poblamiento, superado en alguna medida el desarraigo y la transitoriedad del habitat neolítico. La vieja idea, pues, de que el primer metal fuera de los círculos cosmopolitas del sur de la península debió ser poco más que un accidente en el seno de poblaciones cuyo comportamiento siguió siendo esencialmente neolítico, se diluye y abre paso a un nuevo planteamiento que reivindica la personalidad y pujanza de grupos calcolíticos provinciales como el que nos ocupa, en el que además la metalurgia del cobre parece haber sido una actividad nada excepcional.

Si el cambio producido en el territorio trasmontano por entonces obedece a factores exclusivamente internos o si intervinieron también otros externos es problema de más difícil comprensión, aunque hay pruebas de que un total aislamiento con respecto a los grupos cosmopolitas del centro de Portugal no existió. Lo demuestran los hallazgos de cerámicas con decoraciones «simbólicas», de «crecientes» y pesas de barro, de puntas de flecha de base cóncava o de determinados modelos de herramientas de cobre, caso de las sierras. Pero la personalidad de la cultura material de este grupo resulta incontestable, muy particularmente de las cerámicas, que se decoran, en proporciones inusualmente altas con respecto a lo acostumbrado en otros grupos ibéricos contemporáneos, con motivos muy característicos como las ondas peinadas, las impresiones de estilo Boquique (neolítico) y los triángulos rellenos de puntos. Tal vez, de todos modos, lo más relevante en este campo sea la observación incuestionable de que las célebres cerámicas con decoraciones metopadas, «estilo Penha», son elemento propio de esta época y no —a no ser que pensemos en una muy larga perduración— el fósil-guía, como hasta ahora se había pretendido, del Bronce Final en las tierras de entre el Miño y el Duero.

Un nuevo aspecto sobre el que el trabajo de Susana Oliveira Jorge arroja no poca luz es el del proceso de incorporación del Vaso Campaniforme —están presentes en la región los estilos lineal, puntillado de bandas, puntillado geométrico e inciso— en este original mundo calcolítico. La evidencia es completamente nítida en el sentido de que la aparición del campaniforme no distorsiona el entramado cultural previo; es evidente que no hubo suplantación poblacional alguna y diríase que el campaniforme entra discretamente a partir de un determinado momento a formar parte del elenco de cerámicas presentes en las estaciones (Castelo de Aguiar y Pastoría). La autora utiliza felizmente el término «adición» (proceso aditivo) para referirse a esta incorporación, subrayando que su presencia sólo matiza la panorámica arqueológica inmediatamente anterior a su aparición. En esa tesitura, el campaniforme, aparte su posible condición de elemento de prestigio al servicio de una élite (más o menos claro en determinados enterramientos), es evidente que no se interpreta sino como el distintivo de una época, algo que por estar de moda prende de forma progresiva, muy probablemente por ósmosis, en la gran mayoría de las poblaciones del noroeste de Europa.

El problema, varias veces debatido por la autora en publicaciones anteriores, de la correspondencia habitats tipo Vinha Soutilha etc./monumentos megalíticos es

otro de los que mayor consideración merecen en la obra que reseñamos. El trabajo de Víctor Oliveira Jorge —seguramente una de las tesis doctorales mecanografiadas que más han circulado, prueba de su interés y de lo desacertado de que permanezca inédita— aportaba en 1982 una seriación de los megalitos regionales, caracterizados por un marcado polimorfismo, desde las formas más primitivas (los dólmenes simples) anteriores al 3.000 a. C., a los túmulos más reducidos (cistas megalíticas, como la mamoa 4 de Meninas do Crasto) cuyos ajuares aconsejaban situarlos ya en torno al 1800/1700, algo ratificado por el C 14. La secuencia, por lo demás, no manifestaba hiatos aparentes, dando a entender que tales monumentos a lo largo de la segunda mitad del III Milenio habían coexistido con los asentamientos del Cobre. La lectura más fácil y mecánica de tales datos debería dar lugar, en principio, a interpretar poblados y dólmenes como realidades complementarias, domésticas y funerarias, de un mismo entramado cultural; mas no pasa desapercibido que el número de megalitos de Entre-Douro-e-Minho y Tras-os-Montes en los que han aparecido materiales susceptibles de atribuir al contexto de los poblados es reducidísimo, algo que complica aquella visión. Por otra parte, el sincronismo, como se ha dicho, resulta evidente y asimismo, aunque en menor medida, la coexistencia espacial (el caso, por ejemplo, de una necrópolis megalítica en el «área de influencia» del Castelo de Aguiar), por lo cual se porfía, bien es cierto que apenas con fe, en la posibilidad de que las diferencias pudieran deberse antes que nada a un fenómeno de especialización de los ajuares sepulcrales, de manera que, pudiendo haber correspondido ambas manifestaciones a un mismo grupo social, deliberadamente se rindieran en las tumbas materiales de tipología distinta.

La reflexión de Susana Oliveira Jorge sobre el particular es extensa, profunda y enormemente enriquecedora pese a la falta de una conclusión, siendo digno de destacar que la autora, tras repasar varios casos de Europa occidental en los que grupos de muy diferente expresión arqueológica y cultural explotan sincrónicamente un mismo, aunque variado, espacio, complementándose en el aprovechamiento de los distintos recursos del territorio, se decanta por la sugestiva y nada sencilla hipótesis de la dualidad cultural: por una parte, poblaciones megalíticas de tradición neolítica local, caracterizadas por una pobre y uniforme cultura material como corresponde a grupos móviles, sin habitats estables, y, por otra, poblaciones de nuevo cuño, de abigarrada tradición mediterránea, con ostentosos ajuares entre los que destacan las cerámicas decoradas, que inician la colonización de los espacios más favorables inaugurando en el norte de Portugal un modelo de poblado sedentario, desconocido hasta entonces, e incluso, probablemente, un orden social innovador, jerarquizado, en contraste con el conservador, de tendencia más igualitaria, propio de las comunidades megalíticas.

Sirvan estos comentarios para dejar constancia de que los tres volúmenes que tenemos entre manos no son sólo un excelente trabajo arqueográfico, que por sí mismo ya justificaría con creces el esfuerzo invertido. Como refleja explícitamente su autora en la pág. 934, su compromiso ha ido mucho más allá de un mero y perfeccionado coleccionismo, y los resultados se palpan en estos modélicos libros que, a la par de constituir una reveladora y revolucionaria síntesis sobre el final del Neolítico y el Calcolítico en el norte de Portugal, son también una espléndida referencia para quienes investigamos la misma época en zonas vecinas, caso del occidente de la Cuenca del Duero o de Galicia. En suma, una obra excepcional que hace merecedora a Susana Oliveira Jorge de las más encendidas felicitaciones.—GERMAN DELIBES DE CASTRO.